

Santa Teresa de Calcuta: una vida entregada a Cristo y a los más pobres

«De sangre soy albanesa. De ciudadanía, India. En lo referente a la fe, soy una monja católica. Por mi vocación, pertenezco al mundo. En lo que se refiere a mi corazón, pertenezco totalmente al Corazón de Jesús».

Con estas palabras, Santa Teresa de Calcuta resumía la esencia de una vida marcada por la entrega total a Dios y al servicio de los más necesitados. Pequeña de estatura, pero firme en la fe y extraordinaria en la caridad, hizo de su existencia una respuesta concreta al llamado de Cristo: **«Ven y sé mi luz»**.

Su testimonio trascendió fronteras y culturas. Fue religiosa, misionera, fundadora, mujer de profunda oración y servidora incansable de quienes vivían en condiciones de extrema pobreza. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1979 y numerosos reconocimientos internacionales, pero siempre insistió en que todo lo que hacía era **«para gloria de Dios y en nombre de los pobres»**.

Una vocación nacida desde la infancia

Madre Teresa nació el **26 de agosto de 1910 en Skopje**, entonces parte del Imperio otomano y actualmente capital de Macedonia del Norte. Fue bautizada con el nombre de **Gonxha Agnes Bojaxhiu**, hija de Nikolla y Drane Bojaxhiu.

Desde muy joven experimentó una profunda vida de fe. Recibió la Primera Comunión a los cinco años y medio y la Confirmación en 1916. La muerte repentina de su padre, cuando ella tenía alrededor de ocho años, significó una difícil experiencia para su familia. Su madre, Drane, desempeñó un papel fundamental en su formación humana y espiritual, enseñándole el valor de la oración, la generosidad y la preocupación por los necesitados.

En el ambiente de su parroquia, confiada a los jesuitas, fue creciendo su deseo de servir a Dios y de convertirse en misionera.

A los **18 años**, en septiembre de 1928, Gonxha dejó su hogar e ingresó en el Instituto de la Bienaventurada Virgen María, conocido como las **Hermanas de Loreto**, en Irlanda. Allí recibió el nombre religioso de **Hermana María Teresa**, en honor de santa Teresa de Lisieux.

Pocos meses después inició su misión en la India. Llegó a Calcuta el **6 de enero de 1929**, donde comenzó una larga etapa de su vida dedicada a la educación y a la formación de jóvenes.

En 1937 realizó su profesión perpetua y pasó a ser, según sus propias palabras, **«esposa de Jesús» para toda la eternidad**. Continuó enseñando en la escuela St. Mary, donde posteriormente fue nombrada directora.

«Una llamada dentro de la llamada»

El momento decisivo de su vida ocurrió el **10 de septiembre de 1946**, durante un viaje en tren desde Calcuta hacia Darjeeling para realizar su retiro anual.

Madre Teresa describió aquella experiencia como una **«llamada dentro de la llamada»**. En su interior experimentó con particular intensidad el deseo de Jesús de que se entregara de una manera nueva al servicio de los más pobres.

La experiencia espiritual que siguió estuvo marcada por una convicción: Cristo la llamaba a salir del convento para encontrarse con quienes vivían en las periferias de Calcuta y servir en ellos al mismo Jesús.

«**Ven y sé mi luz**», fue la expresión que sintetizó aquel llamado.

Después de un prolongado período de discernimiento y con los permisos eclesiales correspondientes, el **17 de agosto de 1948** dejó el convento de Loreto y comenzó una nueva etapa de su misión. Cambió el hábito religioso por el conocido sari blanco con bordes azules y se adentró en las calles de Calcuta.

Encontrar a Cristo en los más pobres

El **21 de diciembre de 1948** comenzó de manera más directa su servicio en los barrios pobres de Calcuta. Visitó familias, atendió a niños, cuidó enfermos y acompañó a personas que se encontraban abandonadas.

Su jornada comenzaba ante Jesús en la Eucaristía y continuaba en las calles, donde buscaba descubrir y servir a Cristo en quienes eran considerados «**los no deseados, los no amados, aquellos de los que nadie se ocupaba**».

Esta espiritualidad se convirtió en el corazón de su obra: **ver a Jesús en cada persona**, especialmente en quien sufría.

Poco a poco, antiguas alumnas comenzaron a unirse a ella. El **7 de octubre de 1950** fue establecida oficialmente en la Arquidiócesis de Calcuta la congregación de las **Misioneras de la Caridad**.

La misión comenzó a extenderse rápidamente. Las religiosas fueron enviadas a diferentes lugares de la India y posteriormente a otros continentes. Con el tiempo, Madre Teresa impulsó también nuevas ramas de su obra: los Hermanos Misioneros de la Caridad, las ramas contemplativas, los Padres Misioneros de la Caridad, los colaboradores laicos y otras iniciativas destinadas a compartir su espiritualidad de oración, sencillez, sacrificio y servicio.

Una caridad que abrazó al mundo

La obra de Madre Teresa no se limitó a aliviar necesidades materiales. Su servicio tenía una profunda dimensión espiritual y humana.

Para ella, la pobreza más dolorosa no siempre era la falta de alimento o de recursos. También existía la pobreza de quien se siente solo, rechazado, olvidado o no amado.

Su pensamiento estaba profundamente inspirado en las palabras de Jesús:

«Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Por eso, cuidar a un enfermo, alimentar a un hambriento, acompañar a un moribundo o abrazar a una persona abandonada constituía, para ella, un verdadero acto de amor a Cristo.

Su labor alcanzó una dimensión internacional. En 1979 recibió el **Premio Nobel de la Paz**, reconocimiento que utilizó para llamar la atención del mundo sobre la dignidad de los pobres y la defensa de la vida.

Sin embargo, Madre Teresa nunca permitió que los reconocimientos ocuparan el centro de su misión. Su mirada permanecía fija en Cristo y en aquellos a quienes servía.

La fuerza escondida detrás de la sonrisa

Uno de los aspectos más profundos de la espiritualidad de Santa Teresa de Calcuta fue su experiencia de **oscuridad interior**.

Después de su muerte se conocieron escritos personales que revelaron largos períodos de sequedad espiritual, silencio interior y una dolorosa sensación de ausencia de Dios.

Lejos de abandonar su misión, esta experiencia la llevó a profundizar en la fe. Continuó orando, participando en la Eucaristía y sirviendo a los pobres aun cuando interiormente experimentaba una profunda oscuridad.

En este sentido, su vida adquirió una dimensión todavía más profunda: **sirvió a Cristo no solamente cuando podía sentir su presencia, sino también cuando debía caminar en la fe.**

Su sufrimiento espiritual la hizo identificarse aún más con quienes experimentaban abandono, soledad y rechazo.

«La mayor pobreza es no ser querido»

Para Madre Teresa, cada ser humano poseía una dignidad que debía ser reconocida y protegida.

Su preocupación por los pobres estaba estrechamente unida a su defensa de la vida y de la dignidad humana. En numerosas ocasiones habló sobre el valor de cada vida, particularmente de los niños por nacer y de las personas abandonadas.

Su mensaje era sencillo, pero exigente: **nadie debe ser considerado inútil, descartable o indigno de amor.**

Esta convicción se convirtió en una de las características fundamentales de su legado. No se trataba solamente de dar cosas a los pobres, sino de acercarse a ellos con respeto, ternura y amor.

San Juan Pablo II: «Icono del buen samaritano»

San Juan Pablo II tuvo una particular cercanía con Madre Teresa y reconoció públicamente la dimensión extraordinaria de su testimonio.

En la homilía de su **beatificación, el 19 de octubre de 2003**, el Papa destacó que la religiosa había hecho suyo el camino evangélico del servicio:

«El que quiera ser el primero, sea esclavo de todos» (Mc 10,44).

Juan Pablo II la presentó como un verdadero **«icono del buen samaritano»**, porque iba al encuentro de Cristo presente en los más pobres de entre los pobres.

El Pontífice subrayó también una característica esencial de su misión: la unión entre **contemplación y acción, evangelización y promoción humana**. Madre Teresa proclamaba el Evangelio con una vida completamente entregada a los pobres, pero sostenida por la oración.

Para san Juan Pablo II, su grandeza estuvo precisamente en haber elegido ser **«la servidora de los últimos»**.

También señaló que la frase de Jesús en la cruz, **«Tengo sed» (Jn 19,28)**, penetró profundamente en el corazón de Madre Teresa. Sacar la sed de amor de Jesús se convirtió en la fuerza interior de su existencia.

El Papa afirmó además que, al tocar los cuerpos heridos de los pobres, Madre Teresa estaba convencida de que **tocaba el cuerpo de Cristo**.

Una mujer que hizo de su vida un Evangelio

San Juan Pablo II destacó igualmente que Madre Teresa supo descubrir el significado más profundo del servicio cristiano: amar a los hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos, enfermos y prisioneros es amar al mismo Cristo.

En su entrega total a Dios y al prójimo, encontró el sentido de su vocación y vivió, según el Papa, «**las cualidades más nobles de su feminidad**».

Su liderazgo no nació del poder, de la posición social ni de la búsqueda de reconocimiento. Nació del servicio.

Madre Teresa demostró que una persona puede transformar el mundo cuando permite que el amor de Dios se convierta en acciones concretas.

Los últimos años y su legado

A pesar de sus crecientes problemas de salud, Madre Teresa continuó dirigiendo su congregación y atendiendo las necesidades de los pobres y de la Iglesia.

En 1997, las Misioneras de la Caridad contaban con miles de religiosas y numerosas comunidades en diferentes países.

Después de encontrarse por última vez con san Juan Pablo II, regresó a Calcuta. Allí pasó las últimas semanas de su vida acompañada por sus religiosas y por numerosas personas que acudían a verla.

El **5 de septiembre de 1997**, Madre Teresa murió en Calcuta a los 87 años.

Su funeral recibió honores de Estado en la India y su tumba, ubicada en la Casa Madre de las Misioneras de la Caridad, se convirtió en un lugar de oración y peregrinación.

Su fama de santidad se extendió rápidamente. San Juan Pablo II permitió la apertura de su causa de canonización y aprobó los decretos sobre la heroicidad de sus virtudes y el milagro atribuido a su intercesión.

El **19 de octubre de 2003** fue beatificada y, posteriormente, el **4 de septiembre de 2016**, el papa Francisco la canonizó en la Plaza de San Pedro, proclamándola **Santa Teresa de Calcuta**.

Una enseñanza que permanece

La vida de Santa Teresa de Calcuta continúa interpelando a la Iglesia y a la sociedad. Su mensaje no consiste únicamente en admirar una gran obra asistencial, sino en aprender a **reconocer a Cristo en el rostro del otro**.

Su vida enseña que la santidad puede expresarse en gestos sencillos: escuchar, acompañar, servir, cuidar, perdonar, sonreír y amar.

También recuerda que la transformación del mundo comienza muchas veces con aquello que tenemos más cerca. No todos estamos llamados a realizar las mismas obras que Madre Teresa, pero todos podemos responder al llamado cristiano a servir.

Su legado puede resumirse en una espiritualidad de **oración, Eucaristía, servicio, humildad, defensa de la dignidad humana y amor concreto por los más necesitados**.

Madre Teresa hizo de su vida una respuesta a la sed de Cristo. Y esa respuesta continúa siendo una invitación para todos los cristianos: **ver a Jesús en el hermano, especialmente en quien sufre, y convertir la fe en caridad concreta.**

Como exhortó san Juan Pablo II durante su beatificación:

«Acojamos su mensaje y sigamos su ejemplo».

Que Santa Teresa de Calcuta interceda por la Iglesia y nos enseñe a servir con humildad, alegría y perseverancia, descubriendo en cada persona, especialmente en los más pobres y vulnerables, el rostro de Cristo.